LA IMAGEN DE LA CULTURA LATINOAMERICANA EN ITALIA

Darío Puccini

Arriesgando parecer paradójico o tal vez ser acusado de actitud eurocéntrica y hasta eurocrático, digo inmediatamente que la "culpa" mayor, si de culpa se puede hablar, de la escasa información y conocimiento de América Latina que hemos tenido durante mucho tiempo en Europa ha sido especialmente de los mismos latino-americanos. Ligada a la cultura europea por vínculos de sangre y tradición, la civilización que solemos indicar y resumir con el nombre demasiado genérico de América Latina solamente en pocas ocasiones ha logrado imponer al mundo una imagen real y original, o sea, no informe e incoherente o, sin más ni más, pintoresca y folclórica, de su vida y de su modo de ser, de sus problemas políticos y de sus luchas sociales, de sus valores de pensamiento y de sus conquistas artísticas. Lo que podía ser un vehículo de comunidad y de solidaridad, de comprensión y de participación —la lengua española o portuguesa, y la ligazón, precisamente, con las culturas "latinas"— en muchos casos terminó siendo una difundida imitación y remedo de las modas artísticas y literarias europeas, en primer lugar francesas. Si luego la representación exótica es a menudo índice o copertura de un espíritu colonialista, no es poca la parte de exótico latino-americano que ha sido "fabricada" por falsos intelectuales y por "clérigos" serviles nacidos en esas tierras. (Pero esta es una hitoria que todavía está por escribirse: y habrá que hacerlo también guiados por las polémicas que algunos "grandes intelectuales" —José Martí, José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce y otros— condujeron contra los escritores que consciente o inconscientemente se dejaron lisonjear por la ideología de las oligarquías locales y de las dominaciones extranjeras).

Por supuesto, la razón principal de este complejo fenómeno hay que buscarlas en las complicadas vicisitudes políticas del continente al Sur del Río Grande, a partir de las características rapaces y represivas de la Conquista y de la dominación española. Para limitarnos a la historia contemporánea, basta referirse al ejemplo de la revolución mexicana: de este conflicto político y social que se desarrolló de 1910 casi hasta el umbral de los años 20 y que asumió proporcio-

nes notables, Europa no tuvo el modo ni la posibilidad de interesarse seriamente. Los motivos profundos de la contienda eran, efectivamente, de difícil individualización y descubrimiento si se recurría solamente a la óptica del viejo continente; y ya desde entonces, por otra parte, las noticias provenientes o filtrantes desde Estados Unidos descollaban en la prensa mundial. De una tesis de licenciatura que recientemente tuve la ocasión de aconsejar y seguir (el tema: "La revolución mexicana a través de la prensa italiana") resulta que no sólo las noticias de aquellas luchas —primer movimiento revolucionario de nuestro siglo— eran en los periódicos escasas y a menudo relegadas a poquísimas líneas de agencia, sino que todas o casi todas —también las aparecidas en los diarios de izquierda— eran de muy dudosa autenticidad. Quizás la reflexión posterior debe registrar la cosa entre las varias desiluciones históricas del Novecientos (efectivamente, la revolución mexicana no aportó grandes modificaciones en el orden político, social y económico del país), pero eso no quita que aun en esa ocasión América Latina quedase, para los ojos europeos, como lejana tierra ignota. Y cuando, en 1938, el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas emanó —el primero en el mundo— un decreto que sancionaba la nacionalización del petróleo mexicano, fue difícil para Europa comprender que tal decreto era, entre otras cosas, el fruto más sustancioso de aquella remota revolución.

¿E Italia? Italia tuvo por largos años excelentes razones para hacerse una imagen menos vaga y menos incierta de América Latina, dado que había exportado, a partir de los últimos años del siglo pasado, un inmenso contingente de hombres y de mujeres hacia las tierras de Argentina, de Uruguay, de Brasil y de Venezuela. Sin embargo, sobre los millones de cartas de nuestro emigrantes —un enorme almacén todavía completamente inexplorado de conquistas y de esperanzas, pero también de sufrimientos y alguna vez de amargas desilusiones— nunca se ha podido fundar y crear un verdadero y propio canal de intercambio de experiencias y de cultura, y ni siquiera construir una verdadera y propia memorización histórica y literaria de aquella vastísima colonización pacífica y en gran parte privada de miras colonialistas. La emigración italiana era y sigue siendo un depósito no expresado de cultura marginada, un mundo de energías y de sentimientos quizá para siempre condenado a la vida subalterna, o sin más al silencio y al olvido. Después la situación fue complicada y a menudo hasta comprometida por la política nacionalista, de añadidura completamente retórica y de manera, del fascismo que terminó por aislar y separar todavía más las comunidades italianas del contexto americano con mensajes de ilusoria y absurda "romanidad" o de flojo dannun-

zianismo sobre el "pueblo bueno y trabajador".

A pesar de ello, la fuerte presencia italiana en Argentina se transparenta en numerosas obras literarias de ese país, y especialmente en varios personajes teatrales y novelescos de los primeros veinte años del siglo. En todo caso, a la persecución racial del facismo en Italia hay que atribuirle el útil trabajo desarrollado en Argentina por algunos intelectuales hebreos, entre ellos el filósofo Rodolfo Mondolfo y el lingüista Benvenuto Terracini. Y, aparte algunos escritores italianos que dieron vivo testimonio de la vida argentina y brasileña, como Mario Puccini y, más todavía, Giuseppe Ungaretti (que permaneció largo tiempo en Brasil), creo que un solo literato ha vivido y representado en sus propios libros la doble experiencia de la emigración y del retorno a la patria: Attilio Dabini (1902-viviente), autor de los cuentos "Una cierta distancia" (1944) y de las novelas "El Toro de Tusco" (1958) y "Taffari" (1962). También tuvo notable peso cultural la actividad desarrollada en Brasil durante unos diez años y más por algunos hombres de teatro y de cine italianos: Adolfo Celi, Luciano Salce y Ruggero Jacobbi.

Pero no se puede decir que todas estas personalidades hayan logrado dar cuerpo a una representación más viva y precisa de América Latina en Italia, también porque esto no formaba parte de sus explícitas intenciones. Es una excepción Ruggero Jacobbi, cuya contribución como estudioso y divulgador de la literatura brasileña también va incluída en la meritoria actividad que hoy desarrollan (como direcmos más adelante) algunos centros universitarios italianos para un mejor conocimiento específico de la cultura y de la literatura latinoamericana.

El caso de Dabini, es decir, el de un escritor italiano que describe su propia fundamental experiencia en Argentina, me trae a la mente un caso del todo diferente, pero significativo: hace algunos años que el cine de Estados Unidos dedica una peculiar atención al grupo étnico ítalo-americano, aunque sea para realizar películas de gansters y de violencia; y son dos ítalo-americanos —Coppola y Scorzese— los directores que dan vida a esta especie de descripción casi de dirección única. Cito el fenómeno —por cierto extremo y por eso mismo "exótico" y por consiguiente un poco "colonialista"— para destacar que nada parecido ha sucedido todavía en América Latina.

La fascinación de la revolución

La verdad es que la imagen que hoy tenemos en Italia de América Latina encuentra su motivación más profunda y su más só-

lido fundamento en la historia política de estos últimos veinte años, que en buena parte ha borrado las razones de desatención de la historia precedente. La revolución cubana, la experiencia guerrillera del Che Guevara y otros, los tres años de gobierno de Unidad Popular de Chile, individualmente y conjuntamente, han despertado un interés que era inconcebible en épocas precisamente anteriores aunque igualmente ricas de fermentos políticos: en el 700 la rebelión de Tupac Amaru (de quien no todos saben que tomaron el nombre los Tupamaros en Uruguay); en el 800 las luchas por la independencia de Bolívar y de San Martín, o fines del mismo siglo las de Maceo y de Martí, en Cuba; a principios del 900, como vimos, la revolución mexicana; en los años 20, la resistencia del guerrillero Sandino en Nicaragua; y en los años 50 la breve experiencia del gobierno progresista en Guatemala. El momento de giro lo representa la victoria de la revolución de Cuba, "primer territorio libre de América". Pero es sintomático que también ese hecho —sobre esto también hice desarrollar una tesis y una investigación específica fue registrado, en primer momento, con palidísimo empeño en la prensa italiana: pocos flashes de agencia y ningún periódico que considerase oportuno mandar, en esos días cruciales, un corresponsal no ya a la Sierra Maestra, pero por lo menos a La Habana, a la hora de la liberación final.

No obstante, es de ahí, de la revolución cubana, que arranca —en el mundo, en Europa y en Italia— una visión nueva y pertinente de las cuestiones latinoamericanas. Y eso gracias a dos hechos principales: por un lado, el interés —a menudo ideológico, ilusorio y falsamente utopista— que el experimento cubano (¿un socialismo diverso?) suscitó hasta casi 1968; y —la cosa más seria— la orientación latinoamericanista que en seguida prevaleció en los opciones de Fidel Castro y de sus colaboradores.

No entra en mi tarea analizar aquí las varias etapas que la revolución cubana ha atravesado en el curso de estos años, entre exaltaciones y desiluciones, victorias y derrotas parciales. En cambio, me basta constatar que desde esa época se han formado, entre otros, una serie de periodistas y publicistas que, partiendo del estudio de la situación cubana, ya se pueden considerar como especialistas y expertos de toda América Latina; y, entre tantos, cito sólo el ejemplo de Saverio Tutino, uno de los periodistas que de aquella experiencia ha extraído útiles y precisas obras sobre el argumento.

Los años 1967-68, que corresponden también a una época de vastos y difundidos movimientos de rebelión y de contestación en todo el mundo, popularizan —aunque con frecuencia en un plano puramen-

te agitativo o vagamente idealizado— las figuras del Che Guevara, de Camilo Torres y de todos los exponentes de la lucha guerrillera en América Latina. El 1968 ve concentrar el interés también en el movimiento estudiantil y popular mexicano, hasta su trágico epílogo —antes de las Olimpíadas— en la Plaza de las Tres Culturas de Ciudad de México· Y también esta vez —pensamos en los reflejos italianos de esa matanza— una periodista italiana, Oriana Fallaci, será espectadora, duramente implicada, de ese acontecimiento.

América Latina ya no está lejos. Y menos lejana que nunca se vuelve para la opinión pública europea, con la llegada del gobierno chileno de Unidad Popular de Allende: cuyas vicisitudes son seguidas también entre nosotros con vivísima participación, no sólo por la novedad de la experiencia (la hipótesis es el proyecto de un socialismo que llega al poder con medios absolutamente legales y democráticos, a través de una coalición de partidos), sino sobre todo porque ésta se configura en términos que nos son más familiares y connaturales de lo que parecen los de otros países de América Latina. Delegaciones políticas y sindicales, y una verdadera nube de periodistas y de corresponsales refieren desde el lugar y describen las fases difíciles del nuevo Chile. Y cuando la experiencia fracasa, por una serie de conjuras nacionales y especialmente internacionales, tramadas en su contra, y Salvador Allende muere heroicamente en el Palacio de la Moneda a pocas horas del golpe de Pinochet, y algunas semanas después muere el poeta Pablo Neruda, premio Nobel y personalidad de gran fama, la indignación mundial es casi unánime y Chile ya está en la mente y en el corazón de todos, comprendidos los italianos en primer plano.

Desde este momento el deterioro de toda la situación del Cono Sur (después de Chile, Uruguay y Argentina) encuentra en Europa una atención y a menudo una respuesta que no eran imaginables en los años 50. Italia, como Europa —comprendida España— hoy es asilo de muchos prófugos políticos y de muchos intelectuales obligados al exilio: y es así que las vicisitudes sudamericanas reciben una doble y contínua repercusión, como hemos visto en numerosas ocasiones: por ejemplo, durante las "Jornadas de la cultura uruguaya en lucha", en Venecia, en mayo de 1978, o en las corresponsalías de todos los periódicos italianos durante los campeonatos del mundo de fútbol, cuando ninguno se abstuvo de denunciar la dura represión y la ausencia de todo derecho humano en Argentina.

Del ensayo a la narrativa: un interés renovado

De la bibliografía italiana sobre América Latina que figura en estas páginas, aunque limitada solo a las traducciones, es posible sacar un dato incontestable: el notable incremento, con respecto al pasado, del interés por los problemas históricos, políticos, sociales, culturales y literarios latinoamericanos. Y si todavía hay lagunas, y la selección no ha sido siempre la más justa y oportuna (como señala Antonio Melis), detrás de este empeño de publicaciones, se puede vislumbrar el trabajo de expertos y atentos traductores y divulgadores, que ya no son el descarnado grupo de un tiempo.

Por otra parte, cuando se toman en consideración los escritos y ensayos originales italianos sobre América Latina, además de las contribuciones de algunos publicistas en el campo de la historia contemporánea, es necesario recordar la actividad historiográfica reciente de varios estudiosos, entre los cuales emerge el núcleo que opera en la Universidad de Turín· Aunque abordan temas de historiografía de épocas remotas, una mención aparte le toca en este campo a las dos obras fundamentales de Antonello Gerbi: La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica (1750-1900) (Milano-Napoli, 1955) y La natura delle Indie Nove. Da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernández de Oviedo (ibidem 1975), ahora traducido en español, con profundo consenso crítico, por el Fondo de Cultura Económica de México, como parcialmente corresponde a la de Ruggiero Romano, I Conquistadores: meccanismi di una conquista coloniale (ed. franc., 1972; ed. ital. 1974).

Quedándonos en el sector de los estudios de nivel específico y frecuentemente especializado, hay que destacar que un buen trabajo en el análisis de la literatura y de los fenómenos literarios ha sido desarrollado en las sedes universitarias, y principalmente en los centros de Roma, de Venecia, de Turín, de Florencia, de Pisa y de Nápoles. Deteniéndose principalmente en temas de poesía contemporánea (César Vallejo, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Mario de Andrade, Murilo Méndez, Eliseo Diego, etc.) y todavía más en los de narrativa, casi de contrapunto con la reciente fortuna de la novela latinoamericana (Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, Miguel Angel Austurias, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, Joao Guimaráes Rosa, José María Arguedas, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, etc·). Y también de las sedes universitarias salieron algunos estudios apreciables sobre autores y temas del reciente y menos reciente pasado literario, con peculiar atención por la producción de ensayos: como se puede ver por las inves-

tigaciones desarrolladas alrededor de Domingo Faustino Sarmiento, y sobre todo sobre José Martí y sobre José Carlos Mariátegui.

Tampoco hay que menospreciar lo que se ha hecho en el campo de la antropología cultural, de la etnología, de las culturas populares y de la sociología: también en estos sectores algunos estudiosos nuestros han flanqueado el trabajo desarrollado, por supuesto con una mole mayor de contribuciones, por otros investigadores principalmente franceses y norteamericanos.

Sin duda, todavía queda mucho por cumplir especialmente en el terreno de la reflexión histórica, del análisis literario y en otras zonas de estudio y de investigación. Pero también del paciente trabajo de nuestros docentes y de su proyección en las aulas universitarias y fuera de ellas, y sobre todo de sus publicaciones y traducciones puede surgir y desarrollarse una imagen más meditada y precisada de América Latina. Para poder evaluar, aunque sea muy parcialmente, qué cambio de perspectivas se ha verificado en estos últimos años basta ver el número especial que la revista Ulisse publicó en 1968 con el título El rostro de América Latina, donde las colaboraciones de parte italiana eran todavía escasas y tímidas, y confrontarlo con algunas misceláneas impresas en estos años: este y otros números de Política internazionale dedicados a América Latina y el Problemi del Socialismo de Basso, o las actas del congreso "La literatura latinoamericana y su problemática europea", tenido en octubre de 1976, ahora publicadas por el Instituto ítalo-latinoamericano (Roma, 1978). Todavía no es un estadio que se pueda considerar satisfactorio, pero igualmente es un crecimiento notable.

Si, como decía al comienzo de estas páginas, la "culpa" de la imagen que en el pasado dio de sí América Latina había que imputarla a la misma cultura latinoamericana, incapaz, en su conjunto, de expresarse con plena autonomía y originalidad de tonos, hay que afirmar que también el mérito de la transformación de tal imagen en algo adecuado y vivo y pertinente, toca también esta vez a los mismos latinoamericanos, a la nueva intelectualidad —escritores, literatos, artistas, historiadores, etc.— de ese continente. De la poesía a la canción popular, del cine al teatro, de la novela a la misma investigación histórica y sociológica, la transformación que hubo en los años 1969-70, parece indudablemente enorme. Y el mundo, Europa e Italia en particular lo han tenido en cuenta.

No hablaré aquí del cine —aunque sería necesario hacer referencia a los sucesos del "cinema novo" brasileño y a los del cine cuba-

no o al afloramiento de personalidades de relieve como el director chileno Miguel Littin— ni de otras expresiones artísticas importantes, como el teatro (tradicional y popular) y la pintura, o de amplia aceptación colectiva, como la canción: me limitaré a examinar el fenómeno quizá más vistoso, lo que se ha llamado, con definición enfática e impropia, el boom de la novela latinoamericana.

Aunque en la "lectura" europea de la novela de América Latina se determinaron como veremos, preferencias un poco desfasadas y hasta interpretaciones ligeramente anómalas, queda el hecho fundamental que la imagen global que ha brotado ha favorecido enormemente la comprensión de aquel mundo "otro". Y que esto haya sucedido gracias a un material narrativo que no presenta, a primera vista, ninguna agarradera de testimonio y documental, que no contiene en general referencias a concretas situaciones políticas y sociales, y que, es más, tiende a lo fantástico y a lo paradójico, es algo del todo por analizar y por explicar.

Una primera explicación he tratado de darla en ocasión del citado congreso sobre "La literatura latinoamericana y su problemática europea". Entonces dije que la novela latinoamericana escondía en su seno algunas "reivindicaciones", que llamé "insinuantes", como la de hacerse portadora de informaciones, o de mostrar un neto repudio por cualquier forma de exotismo, o de reafirmar la influencia y el poder del mito, y así por el estilo. Efectivamente, sea con los modos del "realismo mágico" o de lo "real maravilloso" (dos fórmulas o etiquetas de amplio uso), la novela de los años 60 en América Latina ofrece, precisamente, una lectura fascinante y tangencial de la realidad: una especie de espejo deformante, que es al mismo tiempo metáfora y metonimia de lo real.

Por ejemplo, tales son exactamente las ciudades imaginarias de la novela: comenzando por la menos famosa Santa María de Juan Carlos Onetti para desembocar en la celebérrima Macondo de Gabriel García Márquez. Y en esto entra la visión deformante —que ironiza la imagen del "buen padre"— del dictador así como delínea desde el Señor Presidente de Asturias hasta el Recurso del método de Carpentier, del Otoño del Patriarca de García Márquez al Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos. Sobre todo en los dos últimos libros, que aunque dicen todo sobre el arbitrio absoluto y sobre la crueldad inaudita de los tiranos, parece aflorar una tesis, si bien oportunamente ambigua (artísticamente ambigua): una sociedad patriarcal y primitiva e inmadura no puede generar sino patriarcas supremos, o sea, "pequeños padres" despóticos, "providenciales" a modo suyo. Pero ni aun ésta es una tesis explícita, al contrario, es más que nunca insinuante.

Pero cuántas "cosas" todavía nos narran —sin parecerlo— las historias fabulosas y pánicas de Rulfo, de Arguedas, de Guimaráes Rosa, de Vargas Llosa!. El mundo suspendido entre vida y muerte de las pequeñas aldeas perdidas de México, la vicisitud dolorosa de los indios de las sierras peruanas, la violencia y la tiernas locuras de los habitantes del Sertao brasileño, las existencias venturosas y frustradas que recorren las selvas amazónicas, y así por el estilo. Aunque el todo es trascrito a través de las formas míticas y a veces fantásticas de la narración de origen oral, sin embargo, se transluce lo que ha sido llamado la "conciencia del subdesarrollo" o mejor, de un mundo que toma conciencia de su propia identidad, una identidad, desde los aborígenes (la Conquista) herida y oprimida. Un discurso análogo brota también del análisis de la novela urbana: la ciudad de Roberto Arlt, de Ernesto Sábato, de José Donoso, de Vargas Llosa, de Manuel Puig y hasta la que emerge de los cuentos y novelas de Cortázar es una ciudad que ha nacido bajo el signo implacable e incalmable de la alienación y de la injusticia social, territorio de la miseria, de la neurosis colectiva y de la rebelión anárquica, de los instintos más duros de sobrevivencia y de atropello. Y a pesar de que las formas de descripción de la vida ciudadana sean las de la alucinación o de la caricatura o de la paradoja, la imagen de fondo no cambia.

Más bien hay que preguntarse, guiándonos por lo dicho hasta ahora, una cosa fundamental: de la lectura de la novela latinoamericana, ¿qué tipo de visión aflora? ¿Una visión optimista (aunque sea perfilando un proyecto vagamente o menos vagamente revolucionario) o una visión pesimista y trágica? Yo me inclinaría por la segunda tesis. Hasta una novela como la famosa Cien Años de Soledad, cuyas coordenadas espaciales y temporales se pierden, en la nebulosa rabeleisiana de la alegría de la invención y de la fantasía, esconde —si se mira bien— una imagen despiadada y desconsolada del vivir, y ciertamente una convicción no triunfalista de la historia latinoamericana. (¿Recuerdan las palabras finales? "...porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra"). ¿Pero cuántos, entre los millones de lectores del libro, llegaron a esta conclusión? Diría que pocos. Por otra parte, cuando al inicio del párrafo hablaba de algunas interpretaciones anómalas de la novela latinoamericana, me refería en parte a ésto. Atribuyo, por ejemplo, al suceso de las bellísimas novelas de Jorge Amado y, en un plano diferente, de Manuel Scorza este desfasaje, esta búsqueda de consolación o de vitalismo, del lector europeo, sobre todo juvenil. No

es una distorsión grave, sino solamente un indicio de posibilidad de error. En lo que se refiere a Scorza, que no casualmente subtitula sus novelas como "baladas", creo que se podría hablar de una especie de "populismo de retorno" (el término, aunque un uso equivocado lo hace pensar, no es para nada despreciativo, al contrario...), con una recuperación del personaje de la novela de aventura como "héroe" positivo.

De cualquier modo, para concluir, queda por hacer la constatación de que lo que no han obtenido, en los años 30, 40 y 50, tantas y a menudo apreciables novelas naturalistas, realistas y de fuerte raíz social producidas en América Latina, ha sido obtenido por un grupo, al fin y al cabo no tan grande, de novelas y en un limitado número de años: saber crear una imagen de América Latina, hasta para uso del público europeo, esta vez muy convincente y eficaz.